

¿Y después de la pandemia?

Chaime Marcuello Servós*

Universidad de Zaragoza
E-mail: chaime@unizar.es

DOI: 10.14422/ryf.vol285.i1456.y2022.001

Recibido: 7 de enero de 2022

Aceptado: 13 de febrero de 2022

RESUMEN: En este artículo se propone un ejercicio de anticipación explorando posibles respuestas a un par de cuestiones relacionadas entre sí: ¿Qué vendrá tras la pandemia provocada por el virus SARS-Covid-2? ¿El mundo post-Covid19 será más habitable, sostenible, humano? Si bien serán necesarias unas cuantas décadas para explicar y entender lo que todavía estamos viviendo, mientras tanto, es pertinente preguntar a dónde estamos yendo y pensar a dónde queremos conducir nuestro futuro. Porque las cosas no sólo suceden por casualidad.

PALABRAS CLAVE: Post-pandemia; post-Covid; sostenibilidad; anticipación.

What about after the pandemic?

ABSTRACT: This article proposes an exercise in anticipation exploring possible answers to a couple of interrelated questions: What will come after the pandemic caused by the SARS-Covid-2 virus? Will the post-Covid19 world be more liveable, sustainable, humane? While it will take a few decades to explain and understand what we are still living through, in the meantime, it is pertinent to ask where we are going and to think about where we want to lead our future. Because things do not just happen by chance.

KEYWORDS: Post-pandemic; post-Covid; sustainability; anticipation.

* Este artículo es una adaptación de la Parte Segunda del *Informe España 2021*, de la Cátedra José María Martín Patino de la Cultura del Encuentro. C. MARCUELLO-SERVÓS, "Tras la pandemia, ¿el mundo de ayer o el mundo de mañana?", *Informe España*, U.P. Comillas, Madrid 2021, 63-117.

1. Introducción

La pandemia causada por el virus SARS-Covid-2 no ha terminado. Seguimos sin saber cuál fue su origen y no alcanzamos a ver el final. El anhelo de recuperar la normalidad perdida se ha difuminado con las diferentes oleadas de contagios y mutaciones del virus inicialmente encontrado en Wuhan. Así las cosas, el mundo ya no es el que era. Al menos, aparentemente, muchas de las rutinas y dinámicas tanto en lo micro como en lo macrosocial ni son ni pueden ser iguales. La pandemia ha roto inercias tanto en las formas de relacionarnos, en los modelos de producir y consumir como en las formas de movilidad. En este tiempo se han escuchado discursos de salvación para volver a donde estábamos y otros que reclaman vías alternativas, algunas formuladas desde hace décadas. Aquello de pensar globalmente y actuar localmente quizá es más oportuno que nunca.

En este contexto, es pertinente pensar el futuro y anticipar escenarios que ayuden a mejorar el bienestar común. Muchos de los problemas de insostenibilidad manifestados en y con la pandemia tienen que ver con procesos de concentración y acumulación –socioeconómicos y territoriales– intensificados en los últimos años. El futuro no po-

demo asegurar si está escrito o no. Ahora bien, si tomamos en serio la idea de Heráclito –*ethos anthropos daimon*–, por extensión cabe decir que nuestro ‘ethos’ como humanos es nuestro destino. Así se entreteje lo que hemos sido, lo que estamos siendo y lo que está por venir. Y como con casi todo, especialmente con esta pandemia, siempre hace falta distancia para explicar y entender lo que todavía estamos viviendo. Mientras tanto, es pertinente preguntar a dónde estamos yendo y pensar a dónde queremos conducir nuestro futuro, porque las cosas no sólo suceden por casualidad.

Una forma de saber cómo será el mundo de mañana es construyendo lo que queremos encontrar. De hecho, siempre es posible crear, imaginar y construir. Hace falta poner medios, definir metas y distinguir alternativas recordando que las decisiones privadas tienen consecuencias públicas y tanto o más las políticas públicas tienen efectos en las vidas individuales. Con los pies en el suelo, contando con los imposibles de lo cotidiano, se puede alimentar el optimismo de la voluntad que nos permita cuidar el mundo que nos legaron nuestros mayores para dejar una mejor herencia a nuestros hijos.

Un referente, en este sentido, ha sido el Club de Roma¹. Desde 1970 ha invertido ingentes esfuerzos en diagnosticar, pronosticar y proponer. Destacan las contribuciones de Meadows et al., *Los límites del crecimiento* (1972), *Más allá de los límites del crecimiento* (1992) y *Los límites del crecimiento 30 años después* (2005)². De aquella trayectoria del grupo de Meadows quedan muchos ecos en nuestra atmósfera social y política. Proponían una lista de herramientas para la transición a la sostenibilidad que se resumían en cinco acciones: visualizar, crear redes, decir la verdad, aprender y amar. Sin descubrir nada realmente novedoso, mostraron la complejidad implícita de conjugar esos verbos.

Han pasado varias décadas y con esta pandemia la sensación de rebotamiento, de saturación y colapso se percibe más cerca. Además, si sumamos las muestras palpables de cambio climático que experimentamos en fenómenos meteorológicos de diversa índole es pertinente preguntar por nuestra interacción con el medioambiente

y, como consecuencia, preguntar hacia qué sociedad y economía nos dirigimos y algunas cuestiones convergentes: ¿cómo serán los próximos años? ¿Seremos capaces de alcanzar esa transición ecológica –a la vez medioambiental, social y económica– que destaca entre las actuales prioridades de la Unión Europea?³ ¿Qué tipo de políticas públicas se están aplicando? ¿Cómo influyen en los procesos sociales y económicos? ¿Hacia qué tipo de espacios de vida, de entornos urbanos, nos llevan y vamos? ¿Serán ciudades menos grandes y polos económicos menos ‘concentrados’ o al contrario? ¿Seremos capaces de construir entornos urbanos más habitables y de dimensiones abarcables? ¿Servirá para revitalizar el mundo rural? ¿Es una ilusión pasajera provocada por el Covid? ¿Es ‘sostenible’ esa recuperación de la vida en el campo, fuera de las grandes ciudades? ¿Qué desarrollo y cohesión

¹ La información sobre esta organización creada en 1968 está disponible en: <https://www.clubofrome.org/> (las referencias a páginas web han sido comprobadas en enero de 2022).

² Las fechas corresponden a la primera edición en inglés.

³ La Comisión Europea ha establecido seis prioridades para 2019-2024, a saber: 1. Un Pacto Verde Europeo; 2. Una Europa adaptada a la era digital; 3. Una economía al servicio de las personas; 4. Una Europa más fuerte en el mundo; 5. Promoción de nuestro modo de vida europeo; 6. Un nuevo impulso a la democracia europea. https://ec.europa.eu/info/strategy/priorities-2019-2024_es.

territorial? ¿Qué políticas públicas entonces?

2. ¿Qué podemos anticipar?

Predecir, adivinar, saber qué sucederá mañana ha generado muchas formas de conocimiento. Unas se consideran hoy mera superchería, otras son saberes instituidos capaces de pronosticar asuntos tan volátiles y difíciles como el clima, la evolución de las cotizaciones bursátiles o los resultados electorales. Querer controlar por adelantado lo que va a pasar es, si se permite, el anverso de decidir a dónde se quiere ir y qué camino recorrer para conseguirlo. Ambos asuntos son siempre tareas complicadas, pero se convierten en una necesidad cuando la incertidumbre es mayor que las rutinas establecidas; más si los códigos prescritos socialmente se han pulverizado, fragmentándose en un sinfín de opciones que remiten a modelos de pensamiento y de moral dispares, incluso en conflicto.

En cualquier caso, prever y pronosticar son dos tareas tanto técnicas como políticas, sometidas a la experimentación y contrastación permanente. Por muchas veces que se sometan a superar la prueba y el error, vienen cargadas de riesgo: el acierto no está asegura-

do. Además, nadie se quiere equivocar, lo cual añade más dosis de tensión y de complicación práctica. Ambas tareas tienen un componente aleatorio, de apuesta, porque nos movemos en el amplio campo de la probabilidad y de lo humano, donde no es posible definir y controlar la totalidad de variables que afectan al día siguiente.

Nos vendría muy bien tener un oráculo de Delfos o una psicohistoria asimoviana. Como sucedáneo sirve el llamado *Big Data*, como si la computación de grandes ristas de datos solucionase el problema de esa adivinación mitificada y mistificada que subyace a cualquier predicción. No obstante, desde los griegos, sabemos que lo que va a suceder ya está aquí, pues, en cierta medida, el futuro es la condición de posibilidad de lo que somos. Pero este no es el lugar para discutir los fundamentos epistemológicos de la anticipación⁴. Las preguntas anteriores son una oportunidad para pensar a dónde queremos ir. A su

⁴ Las referencias en este ámbito son muchas, cabe mencionar como muestra: B. DE JOUVENEL, *El arte de prever el futuro político*, Madrid 1966; M. GODET, *Manuel de prospective stratégique. Une indiscipline intellectuelle*, Tomo 1, París 2007; R. POLI (ed.), *Handbook of Anticipation Theoretical and Applied Aspects of the Use of Future in Decision Making*, Geneva 2019.

vez, permiten situar en la agenda pública la dimensión prospectiva que suponen.

Mientras el rechazo a la bola de cristal, a la videncia y la adivinación se justifica de suyo, cuando se cambia la posición y se entra en el amplio campo de las decisiones públicas, entonces las actitudes se reformulan. Se activa una mirada retrospectiva donde se identifican políticas heredadas, su historia y alcance. Es el lugar para explicitar los debates sobre la normalidad y cómo debería ser lo normal. Ese momento reflexivo, ideológico e intelectual, está ligado a la configuración de la agenda política y a la formulación de cuáles son los problemas a priorizar. La lógica individualista y egocéntrica se confronta con la lógica del bien común, con la de los intereses comunes. En ese punto el pasado se utiliza como justificación del futuro y como base del aprendizaje. La pandemia es un serio aviso respecto de la viabilidad del sistema global y, en consecuencia, de cómo vivimos en España.

3. ¿Más capitalismo?

Se sigue teorizando contra el capitalismo como un modelo perverso por naturaleza, mientras se reco-

noce que es el único y dominante⁵. Aunque, como Branco Milanovic propone, caben distinciones en su versión liberal y en la autoritaria. La ascensión de China modifica los pesos en la balanza del poder internacional; sin embargo, no cambia las inercias de concentración en ese plano, ni asegura un reequilibrio pacífico del sistema mundial, ni procesos homogéneos. No obstante, la pandemia ha introducido dinámicas de evitación de la enfermedad, de ‘salud a toda costa’.

Por un lado, las de los Estados, en tanto que control de la movilidad para reducir la transmisión de coronavirus. Por otro, las de la ciudadanía, con una dinámica social de búsqueda particular de evitación de contagio. Y en este caso, quienes han podido, han optado por alejarse de las ciudades masificadas o de los espacios donde es más complicado sentirse y vivirse libre. Se produce una atomización resultado de una mayor mercantilización en un contexto de capitalismo global. Éste pone en casa a golpe de *click* cualquier producto, siempre que se tenga el poder adquisitivo necesario. E incrementa

⁵ D. HARVEY, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Quito 2014; B. MILANOVIC, *Capitalismo, nada más. El futuro del sistema que domina el mundo*, Madrid 2020.

el 'datacapitalimo'. Aceptando ese modelo nos imbuimos en una dinámica de sumisión ante los gigantes digitales y económicos de nuestro tiempo. La economía se hace economía digital, el capitalismo, data-capitalismo de la vigilancia y estas inercias se extienden de forma global. Pese a las distancias y diferencias históricas, las dinámicas de fondo son similares en este planeta globalizado⁶.

La pandemia ha frenado los ritmos de la globalización. Antes del Covid-19 se daban por seguras muchas inercias, sobre todo de movilidad de personas y de cadenas de producción. La movilidad por placer se ha frenado radicalmente. El turismo tardará en recuperarse. La movilidad por necesidad, huyendo de la pobreza y de las guerras, no se ha detenido ni se detendrá. Las formas de producción globalizadas han entrado en una nueva etapa. Antes no importaba la deslocalización porque las cadenas logísticas integradas permitían buscar los mejores precios sin importar la ubicación. Eso ya no es igual, pese a que las formas de concentración de poder y acumulación de riqueza se mantienen. Tampoco es probable que

se reduzcan las dimensiones de las ciudades, especialmente las que se hacen 'globales'; aunque sí han cambiado las formas de interacción, que han venido para quedarse.

La movilidad y la presencialidad se viven de otro modo. No es ni será un cambio donde se produzca una sustitución drástica de modelos, entramos en un tiempo de hibridación y combinación de estrategias mediadas por las TIC y otras tecnologías emergentes. Además, con el Covid-19, las organizaciones han acelerado la digitalización de sus procesos y formas de gestión. Son soluciones a las circunstancias que incentivan sistemas adaptativos. La inercia a seguir en el mismo surco es la que ahora está en cuestión.

Por otra parte, la propia expansión del Covid-19 es un efecto de la globalización. Es una más de las 'externalidades negativas' de haber hecho del planeta un dominio continuo para mercadear con cualquier cosa susceptible de ser comercializada. Y no sólo son aparatos sofisticados, también el sol, la soledad y la calma de playas o montañas poco masificadas. Quien tiene poder adquisitivo puede comprar lo que quiera o casi todo. Y esto, que suena al ejercicio libre de la voluntad, esconde trampas lógicas y sociales

⁶ C. MARCUELLO-SERVÓS, "El navío Babel", en M.^a J. GONZÁLEZ ORDOVÁS, *Más allá de Babel. Las paradojas de la globalización*, Valencia 2021, 35-56.

tan viejas como adorar al becerro de oro. La devoción al dinero es la que ha alimentado esas dinámicas de concentración y acumulación. Pese a la obvia insostenibilidad de este modelo y de las muestras crecientes de rechazo social y político que se han manifestado en los últimos años no es fácil salirse del surco. Sólo ahora que hemos comprobado cómo el coronavirus se ha cebado en los espacios de alta densidad y elevada concentración de población y actividad, la inercia se cuestiona.

4. ¿Más incertidumbre?

Los próximos años seguirán siendo complicados e inciertos. Esa incertidumbre hoy es sanitaria, económica, de política interior, de política internacional e induce a la inestabilidad. Mientras la situación epidemiológica del Covid-19 no esté controlada seguiremos en un contexto de tensión que afecta al conjunto de indicadores sociales y económicos. La estrategia de 'salud a toda costa' está teniendo un fuerte impacto en las tasas de desempleo, de actividad económica y de incremento de la deuda pública. Así las previsiones del Banco de España no son halagüeñas⁷. Al

⁷ Véase por ejemplo los datos del Banco de España, <https://www.bde.es/>

mismo tiempo, estamos viviendo un contexto político polarizado y crispado. Esa tensión política y la falta de consenso entre los partidos se ha convertido en un problema que impide vislumbrar un final claro. Esto afecta a la definición de políticas públicas a medio y largo plazo, políticas de Estado que exigen acuerdos para evitar vaivenes y derivas partidistas.

La incertidumbre, la polarización y las tensiones hacen pensar que los próximos años no van a ser fáciles, en especial para quienes hayan perdido su empleo o su negocio. Y por extensión para toda la sociedad, incluso para funcionarios que ahora disfrutan de una estabilidad que la mayoría no tiene. En buena medida, las esperanzas están puestas en la Unión Europea. Se espera todo del *Plan de recuperación para Europa*⁸. Aprovechando la iniciativa *Next Generation EU*, como instrumento temporal de recuperación⁹, se ansían los fondos necesarios para salir de la crisis provocada por el coronavirus. Y más de uno espera a hacer su

[bde/es/secciones/informes/boletines/Boletin_Estadist/](https://www.bde.es/secciones/informes/boletines/Boletin_Estadist/)

⁸ https://ec.europa.eu/info/strategy/recovery-plan-europe_es

⁹ https://ec.europa.eu/info/strategy/recovery-plan-europe_es#nextgenerationeu

agosto a cuenta de ese caudal de maná financiero en un río que viene revuelto. Aunque el marco supranacional europeo delimita el mapa y tiene un efecto rector sobre el rumbo del conjunto de España, está por ver que la burocracia no castre lo que a priori suena bien. Son muchos millones de euros prometidos, que no serán fáciles de gestionar.

Las *Seis prioridades de la Comisión para 2019-2024* obligan a introducir cambios en las políticas públicas del conjunto de España. Dos de ellas tendrán efectos estructurales: ‘el pacto verde europeo’ y la ‘Europa adaptada a la era digital’. El primero marca la transición ecológica que afecta a numerosos aspectos de la vida cotidiana, incluyendo el precio del diésel y el tipo de vehículo que puede circular por las ciudades. El segundo es la transición digital que ha de atender a las dinámicas de digitalización de la sociedad. Las políticas públicas que se apliquen al hilo de estas dos prioridades pueden contribuir a vivir en una sociedad y en una economía menos concentrada. Pero lo que podemos anticipar son unas dinámicas globales con ciudades más grandes atrayendo más riqueza y acumulando más población. Otra cosa es que sean ciudades que nos podamos permitir. Ciudades ase-

quibles que requieren, entre otros temas, de estrategias para poner la vivienda de calidad al alcance de la ciudadanía. De hecho, uno de los retos es cómo diseñar no ya esas ciudades, sino las megaregiones, con las dificultades que esto supone en el urbanismo a una escala por encima del patrón metropolitano¹⁰.

Las políticas que se aplican en este nivel tienen un impacto muy relevante en la gestión de las subdivisiones territoriales. A las retóricas habituales se suman distintos instrumentos de legitimación de las mismas. Muchos datos, muchas mediciones, muchas palabras, pero una impresión extendida es que la burocracia de la Comisión Europea sólo sirve a unos pocos. La propia Comisión tiene que pelear duro para evitar esa desafección, incluso combatiendo la desinformación¹¹ y elaborando su propio decálogo¹² con datos *ad hoc*.

¹⁰ J. BARNETT, *Designing the Megaregion. Meeting Urban Challenges at a New Scale*, Washington, DC. 2020.

¹¹ https://ec.europa.eu/regional_policy/sources/policy/what/myth-busting/spot_disinfo_en.pdf

¹² Véase los “Diez mitos y datos sobre la política de cohesión de la Unión Europea”, https://ec.europa.eu/regional_policy/es/policy/what/myth-busting/

Al mismo tiempo, es obvio que esas políticas europeas condicionan las posibilidades de financiación y ejecución de las políticas públicas en el conjunto de España y en las distintas comunidades autónomas. En eso queda mucho por hacer para que la ciudadanía perciba que hay un retorno directo en el bienestar y calidad de vida. Y también una batalla para modificar elementos clave en la asignación de fondos.

Es muy posible que esta ‘crisis pandémica’ haya introducido cambios en los padrones municipales. Pero esos datos no estarán disponibles hasta dentro de meses. Los datos consolidados siempre llegan tarde para poder anticipar un pronóstico inmediato. No obstante, aunque se hayan producido modificaciones censales, –que las ha habido y en algunos pequeños núcleos rurales significativas– las grandes inercias no han cambiado. Por tanto, no vamos a una sociedad y una economía menos concentrada. Pero sí que se ha inoculado otro tipo de virus en la sociedad: ¿Merece la pena vivir cómo vivimos? Quizá esa sea la pregunta que puede modificar tanto la propia anticipación prospectiva como la agenda pública.

5. Capilarizar, cuidar y sembrar

La sociedad española ha experimentado con el Covid-19 un punto de inflexión que marcará un corte generacional. Éste rompe con el *continuum* trazado desde el siglo pasado y nos pone ante otro nivel de conciencia. Otra cosa es que se viva de la misma manera por el conjunto de la sociedad. Aunque el mundo de ayer nos empuja a toda la sociedad, no lo hace del mismo modo ni a todos por igual. Se producen paradojas y tensiones. Por ejemplo, mientras aumentan las áreas urbanas funcionales cada vez más concentradas, al mismo tiempo, crece la preocupación por el resto del territorio, por lo rural. En paralelo, las cuestiones identitarias y nacionalistas que hierven en la actualidad se van a ver sobrepasadas por la evolución demográfica. En la medida que la migración a las ciudades, la baja natalidad y el ‘anticipado’ fin de la clase media se extiendan en nuestra sociedad tendremos que gestionar mejor cómo nos organizamos territorialmente.

Otra cosa es cómo se hace y cómo nos llevan. En España somos especialistas en elaborar leyes que luego o no llegan a nada o tardan en aplicarse. Por ejemplo, la Ley 45/2007, de 13 de diciembre, para el desarrollo sostenible del me-

dio rural. Hace casi tres lustros se aprobaron cosas que están todavía por cumplir. Como cuando dice: “esta Ley tiene por objeto regular y establecer medidas para favorecer el desarrollo sostenible del medio rural en tanto que suponen condiciones básicas que garantizan la igualdad de todos los ciudadanos en el ejercicio de determinados derechos constitucionales y en cuanto que tienen el carácter de bases de la ordenación general de la actividad económica en dicho medio” (art. 1). Nos llevan donde nos dejamos.

Se ha producido un sucedáneo, un simulacro de éxodo al mundo rural y a las periferias de las ciudades. Se nos ha contado y nos han contado que se ha descubierto el valor de vivir en el campo y entornos más amables. Esto se ha formulado como una oportunidad. Y esa oportunidad es capilarizar el territorio frente al proceso de necrosamiento demográfico de décadas. También es una oportunidad para pensar en el cuidado mutuo como base, no del bienestar, sino de calidad de vida y de la felicidad. Estos dos asuntos han de incorporarse al debate público y convertirse en políticas que respondan adecuadamente. Es posible construir y anticipar a dónde queremos ir.

Si queremos vivir en una sociedad y en una economía menos concen-

trada tenemos que poner los medios para ello. Una forma es capilarizar el territorio. La metáfora es suficientemente visual. Se trata de facilitar la igualdad de servicios que prestan las Administraciones Públicas a la ciudadanía en las zonas menos pobladas. Obviamente no consiste en poner un aeropuerto ni un gran hospital en cada municipio. Pero sí en cuidar los servicios básicos, la movilidad y la conectividad a Internet con ancho de banda equivalente a las grandes ciudades. Esto son asuntos que quedan fuera del interés de los mercados, por eso tienen que ser incentivadas y asumidas por el Estado, para que después las gentes organizadas o no lideren sus propios procesos, de abajo-arriba.

Necesitamos unas políticas que respondan a esa demanda. Y esto pasa por reconfigurar las dinámicas de las Administraciones Públicas que faciliten y no impidan, que impulsen y no frenen, que ayuden y no sólo vigilen. Necesitamos simplificar la burocracia y dejar a las personas que puedan desarrollar sus iniciativas. Para eso hace falta una poda legislativa, aligerar los mecanismos de control y facilitar los procesos, especialmente ayudando a las personas más vulnerables. Confiando en la ciudadanía responsable y sancionando a quienes no cumplan, erradicando

do la presunción de culpabilidad y dando por buena la responsabilidad individual. También es posible incentivar aquellas cosas que acordemos conjuntamente como valiosas para nuestro país. Entre ellas, convendrá pensar en las herramientas que ‘capilaricen’ el territorio, que reviertan el necrosamiento demográfico de numerosas comarcas y la fijación de estructuras de cuidados a no más de 45'-60' de desplazamiento.

Desde finales del siglo XIX, con la progresiva industrialización y abandono del mundo rural, España ha perdido el ‘riego sanguíneo’ del territorio. Se han perdido muchos pequeños pueblos porque no era fácil vivir ni era viable aspirar a una vida mejor. La convergencia de políticas públicas y de los intereses de unas élites determinadas llevaron durante décadas la riqueza a las zonas donde ahora se sitúan las áreas urbanas funcionales¹³. La España interior, salvo Madrid, perdió su influencia y relevancia histórica.

Tras la posguerra, especialmente a mediados del siglo XX, con las políticas desarrollistas del franquismo los territorios más beneficiados

por las políticas del régimen y sus alianzas con las élites del momento fueron las Vascongadas y Cataluña. Eso produjo una migración interior que rompía con el tejido milenario de poblaciones distribuidas por el territorio peninsular. A esto se sumó la organización administrativa en cabeceras de provincia, que arrastraba un modelo de división territorial implantado en 1833. Después ya nos sabemos la historia. Y en ella estamos. Por eso mismo, dado que en esta España nuestra la presencia de servicios de las Administraciones Públicas fija población y crea actividad económica es la ocasión para llevar, coordinadamente con las Comunidades Autónomas, organismos e instituciones dependientes de la Administración General del Estado a los territorios. Y a su vez, los propios gobiernos autónomos han de pensar en su propio nivel competencial para desacoplar de sus grandes áreas urbanas aquellos servicios que sean oportunos. La digitalización de las relaciones de la ciudadanía con las administraciones y de éstas entre sí lo permite.

La cuestión territorial está atravesada por decisiones derivadas de políticas públicas y de intereses de grupos de presión. Eso resulta obvio. A ello hay que añadir el efecto que tienen esas decisiones públi-

¹³ F. J. GOERLICH GIBERT *et al.*, *Las áreas urbanas funcionales en España: Economía y calidad de vida*, Fundación BBVA, Bilbao 2020.

cas en la creación de un modelo económico u otro, con una línea de inversiones u otra. Es posible apostar por una economía capilarizada. Eso pasa por favorecer la desconcentración incentivando la creación de riqueza de un modo alternativo. Esto será más probable si las Administraciones Públicas –es decir el envés de los gobiernos que vertebran esta España autonómica– apoyan dinámicas efectivas en el medio rural como un espacio de vida y de trabajo en la economía actual y futura. Para ello es fundamental asegurar en toda España, en el conjunto del territorio, los servicios de conexión a Internet de alta capacidad. Esto es una condición necesaria tanto para la deslocalización de actividad laboral como para la creación y potenciación de empresas y proyectos autóctonos. Esto ha de estar asociado a una oferta bien distribuida de servicios básicos de educación y sanidad, junto con el apoyo a la modernización de las explotaciones agrícolas y ganaderas, la contribución a la industria agroalimentaria y de transformación de otros productos centradas en producciones ligadas a la calidad y a la producción ecológica identificadas con el territorio. Como también lo son las entidades de la economía social como las cooperativas implantadas en el mundo

rural. Unas cuantas de ellas han superado el siglo de actividad.

Por eso, son muchas las oportunidades asociadas a las decisiones políticas en lo corresponde a la capilarización sostenible de la economía, en un proceso de desconcentración creciente. Los mercados no son sólo resultado de los capitales que no tienen patria, ni ‘matria’, ni más lealtad que sus intereses particulares. Hemos visto que es posible crear un centro logístico donde antes no había más que unas tierras de secano. Hemos comprobado como un aeropuerto puede instalarse en la estepa y modificar el presente y el futuro industrial de la zona. Hemos visto como al dismantelar una central térmica se desvanece un motor económico cuarenta años después de su creación. Y así en muchas tierras mineras donde la decisión política de ‘descarbonizar’ la economía afecta a la economía instituida en décadas y siglos pasados.

Nuestro tiempo no es como el que fue, quizá por eso nos toque con más razón anticipar qué rumbo queremos trazar en este viaje que estamos embarcados. Nos toca pensar y sembrar qué sociedad y qué economía estamos dispuestos a construir para dejar como legado a nuestros hijos. ■